

## LA CONFIGURACIÓN DEL PENSAMIENTO REACCIONARIO ESPAÑOL: EL CASO DE RAMIRO DE MAEZTU DURANTE SU ETAPA DE EMBAJADOR EN LA ARGENTINA

---

Luis Ocio

El objeto del artículo es analizar la actividad de Ramiro de Maeztu durante su etapa de embajador en la República Argentina. Fue nombrado para esta representación el 16 de diciembre de 1927 y su cese llevaba fecha de 21 de febrero de 1930. Las fuentes utilizadas provienen de los fondos del Archivo General de la Administración del Estado, en Alcalá de Henares, sección Asuntos Exteriores. Se ha atendido especialmente a aquellos documentos que hacen mención al pensamiento maeztiano, sin descuidar por ello otros que, relativos a los hitos más relevantes de su actividad como embajador, complementan en ese plano aspectos que ilustran su ideario. Privilegiar ese nivel ha sido intencionado ya que buscamos en la actividad del embajador el origen de lo que más tarde llegaría a plasmar como doctrina de la hispanidad; referente, por otra parte, de toda una escuela del pensamiento reaccionario español que pervivirá en la dictadura franquista.

Hemos tratado de obviar análisis ideográficos meramente comparativos y descriptivos. Por el contrario, arrancamos de presupuestos en los que lo ideal y lo real se muestran en imbricada síntesis. Desde este punto de partida y con la intención de determinar el nexo existente entre los vínculos que los hombres establecen entre sí dentro del marco de las relaciones de producción y de clase y las construcciones culturales que facultan la comunicación entre ellos y, en consecuencia, de definir la función que cumple el conocimiento dentro del entramado de las relaciones sociales, vamos a acudir a las propuestas que desde el campo de la antropología ponen en conexión pensamiento e interacción humanos. Así, Carrithers estudia las «*inmensamente variadas y complejas formas de vida*» desde la «*teoría de la sociabilidad*», según

la cual «*las personas hacen cosas con, para y en relación a los demás, utilizando medios que podemos describir, si lo deseamos como culturales*». Esas elaboraciones culturales, en lo que hace referencia a las relaciones sociales, se estructuran en forma de «*pensamiento narrativo [que sirve] para la comprensión de redes complejas de acontecimientos y actitudes como parte del desarrollo de una historia*». Configurada de esa forma, la narración aparece como un relato coherente y cuyo «*significado verdadero de cada historia surge directamente en relación con el estado de la red de personas a las que afecta la narración*»<sup>1</sup>. Según este antropólogo, cada formación social dispondría de sus particulares narraciones discursivas cuya misión sería la de explicar y hacer funcionar las relaciones de producción y de clase por medio de relatos inteligibles cuyo significado es pertinente únicamente en relación al papel que juegan los sujetos sociales en cada momento histórico.

Un segundo aspecto de la cuestión hace mención a las características del desenvolvimiento interno de los diversos elementos de cada formación social. El significado miembro de la escuela de Francfort, Jürgen Habermas, propone a tal efecto un «*paradigma de entendimiento entre sujetos capaces de lenguaje y acción*» por el que «*la relación interpersonal viene estructurada por el sistema de perspectivas recíprocamente entrelazadas de hablantes, oyentes y asistentes*». Dentro de ese ámbito comunicacional, «*la relación del hablante queda mediada ya siempre por la relación realizativa (performative) con un destinatario*»<sup>2</sup>. De lo expuesto se infiere que los intereses y objetivos de cada una de los grupos sociales se establecen en función de las otros y lo mismo ocurre con las diversas propuestas ideológicas que se encuentran en el espacio discursivo. Es éste un campo disputado por cada uno de los colectivos emisores que, según su contenido ideológico, se dirigen a los actores sociales a los que logran movilizar tras objetivos políticos en función de la virtualidad agente de las peculiaridades del mensaje propuesto.

Tras el acceso de la burguesía al poder político se inicia un progresivo desmantelamiento del antiguo régimen. El modo de producción capitalista procede a optimizar la dominación política a través de una nueva formación discursiva, deudora de los presupuestos de la Ilustra-

---

<sup>1</sup> CARRITHERS, Michael: *¿Por qué los humanos tenemos culturas?*, Madrid, Alianza, 1995, p. 58, 121 y 136.

<sup>2</sup> HABERMAS, Jürgen: *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1993, p. 353, 354 y 383.

ción, que va concretando sus contenidos, durante el siglo XIX y primer decenio del XX, en la denominada ideología del progreso, fundamento de la modernidad. Ésta llega a convertirse en la matriz de todas las propuestas discursivas que se enfrentan en la época contemporánea. Sintetizando, su contenido normativo ha sido definido inicialmente por lo que Habermas denomina «*desencantamiento*» entendido como elaboración de una cultura profana alternativa a la fundamentalmente religiosa que le había precedido, y por la primacía de «*conceptos de movimiento como revolución, progreso, emancipación, desarrollo, crisis, espíritu de la época, etc.*»<sup>3</sup> que expresan el vértigo que producen los continuos cambios de todo orden que atraviesan las sociedades más avanzadas de ese tracto histórico. Autores como Stromberg asignan como principal contenido de la «*idea del progreso*»<sup>4</sup> la confianza en la técnica y sociología, que son reverenciadas como si de saberes omnímodos se tratara. Por otra parte, el éxito obtenido por esta ideología en la estructuración lingüística de la realidad y su correlativa socialización en la Vizcaya de la segunda República viene descrito en la obra de Díaz Freire<sup>5</sup>.

Organizados con este armazón metodológico que entiende el pensamiento imbricado en el plexo de las relaciones humanas y lo acota para el período que estudiamos en el paradigma de la modernidad, examinaremos a un Maeztu que va afinando en Argentina sus propuestas doctrinales alrededor del mito misionero de España y su función como guía de pueblos en los difíciles momentos del período de entreguerras. Sus componentes básicos, hispanoamericanismo y religiosidad, tintarán el posterior «nacional-catolicismo», ideología bélica de los generales rebeldes del «18 de julio» y su continuismo dictatorial. Por consiguiente, tratamos de ambos elementos, de su pensamiento y práctica, teniendo en cuenta los límites que afectan a la acción política de Maeztu: relaciones exteriores españolas y contexto de Argentina dentro del continente americano.

Cuando, tras la caída de Primo de Rivera, el embajador vuelve a España lo hace con lo fundamental de su pensamiento ya sedimentado. El giro conservador, escenificado en el Londres de 1916 en donde publica su *Authority, Liberty and Function at Light of the War*, cristalizará en Argentina dando origen a un Maeztu neotradicionalista, autori-

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 11 y 18.

<sup>4</sup> STROMBERG, Roland N.: *Historia intelectual europea desde 1789*, Madrid, Debate, 1995, p. 205.

<sup>5</sup> DÍAZ FREIRE, José Javier: *La república y el porvenir. Culturas políticas en Vizcaya durante la segunda República*, San Sebastián, Kriselu, 1993, p. 27.

tario y elitista que se ha dotado durante su período de embajador de los principales elementos políticos e ideológicos para la elaboración de la doctrina de la hispanidad. Sin embargo, sus particulares condicionamientos sociales no le permitirán dar el paso adelante que le habría llevado al fascismo. Frente a la modernidad con la que esta ideología se revestía, Maeztu siempre pensó que la alternativa a la crisis de civilización, que nunca dejó de anunciar, estaba en la vuelta del pasado.

### **El camino hasta la embajada en Argentina**

Quien ha pasado a la historia del pensamiento político como el mayor exponente del paradigma de la hispanidad muy posiblemente no preveía tal condición cuando en la segunda quincena de diciembre de 1927 fue propuesto para el cargo de embajador en la República Argentina por Pedro Sáinz Rodríguez<sup>6</sup>. El mismo Sáinz llegaría a subrayar más adelante la capacidad divulgadora del vasco quien, convencido «neófito», extendería el menendezpelayismo y el pensamiento tradicional español con gran eficacia a través de sus múltiples artículos y de la escogida compilación de algunos de ellos agrupados bajo la tópica denominación que propone su título, *Defensa de la Hispanidad*<sup>7</sup>.

Sin embargo, cuando Maeztu llega a la República Argentina es ya toda una personalidad. A sus 54 años, el alavés había recorrido un largo camino de afamado periodista e impenitente autodidacta y disponía de un vasto bagaje cultural que le permitía mantenerse en el centro de las principales polémicas substanciadas en la prensa española y sudamericana. Además, no era un desconocido para los lectores argentinos pues colaboró con el diario bonaerense *La Prensa* desde su atalaya londinense en 1905 hasta el último artículo que publicó en vida, en agosto de 1936 cuando se encontraba preso en la cárcel de Las Ventas. Pero su radicalismo juvenil se había ido enfriando con el paso de los años a la par que sus propuestas alcanzaban mayor calado teórico. Fue durante su estancia en Londres, de 1905 a 1919, cuando Maeztu profundizó en las principales teorías sociológicas del momento, entrando en 1910 a la «Fabian Society», propugnando una suerte de socialismo ilustrado, que él denominaba «administrativo», de carácter gradualista y democrático que habría de ser implantado por grupos de intelectuales conscientes de su misión, en una suerte de acción civilizadora de la

<sup>6</sup> Archivo Ministerio de Asuntos Exteriores, leg. H-2317.

<sup>7</sup> SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro: *Testimonios y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 153.

clase media. Dio a conocer estas propuestas al público español a través de una serie de tres artículos publicados en el «*El Heraldo de Madrid*», que tras la Semana Trágica llevaba a cabo una campaña antimaurista, el 12, 13 y 15 de diciembre de 1909 con el encabezamiento común de «El liberalismo socialista». En 1911 marchará, junto con José Ortega y Gasset, a Alemania a profundizar en la filosofía kantiana siguiendo cursos de Hartman y Cohen.

En 1914, de nuevo en Gran Bretaña, Maeztu comenzará a publicar en la revista *The New Age*, difusora de un socialismo de carácter gremial, cristiano y tutelado desde el estado. Sin embargo, uno de sus colaboradores, G.D.H. Cole desdeñaba la intervención de los poderes públicos y era contrario a la representación política inorgánica, sosteniendo que únicamente era factible la delegación de los diversos intereses comunes de los ciudadanos en una suerte de pluralismo que se regía por lo que denominaba el «principio de función». Fue a esta variante del gremialismo civilista a la que se adhirió Maeztu y sobre la que escribió lo que se considera su obra clave, publicada inicialmente en 1916 en Londres y reeditada en España en 1919 como *La crisis del humanismo*. Con ella, Maeztu hace su presentación en nuestro país ofreciendo una imagen renovada en la que se encuentran todos los ingredientes que explican su trayectoria posterior.

Intuyendo la metamorfosis de Maeztu, d'Ors le conminó a «*optar entre Rómulo y Remo*», es decir, entre las ideas y la política, la contemplación y la acción<sup>8</sup>. Pero tardará en cruzar ese *rubicón*. Todavía en 1924, comentando el manifiesto de presentación de la Unión Patriótica, expresa sus reparos a la participación política, aunque no tanto al programa<sup>9</sup>. El paso lo dará en enero de 1927, afiliándose al partido del dictador al que le llevó, como confesará más adelante, la pretensión de «*acabar con la perennidad de la amenaza de la revolución social*»<sup>10</sup>. En los primeros días del mes siguiente abandonaría *El Sol*, poniendo su pluma al servicio de *La Nación*, rotativo oficial de la Dictadura. En esas fechas, Maeztu se sinceró con Giménez Caballero, asegurándole que su posición política era la misma de hace diez años, coincidiendo precisamente con la publicación de la edición inglesa de *La crisis del humanismo*<sup>11</sup>.

<sup>8</sup> D'ORS, Eugenio: «Un brindis», *España*, 14.2.1920.

<sup>9</sup> «El partido de la cultura», *El Sol*, 22.4.1924.

<sup>10</sup> «Profecías», *El Pueblo Vasco*, 3.1.1936.

<sup>11</sup> GIMÉNEZ CABALLERO, ERNESTO: «Conversación con un camisa negra», *La Gaceta Literaria*, 15.3.1927.

En ese instante, las constantes fundamentales de su pensamiento aparecían sedimentadas doctrinalmente. En primer lugar, primacía del factor económico frente al político, antes expresado mediante la apología del industrialismo vizcaíno como solución para la meseta castellana y el rechazo de la política restauracionista, ahora a través del sentido «reverencial» del dinero y consiguiente negación de la democracia; en este punto no se alejaba de lo que postula el liberalismo clásico. Luego, exaltación de las minorías, inicialmente manifestada en el enaltecimiento del superhombre, del que los capitanes de industria bilbaínos habían sido su concreción, para posteriormente dirigirla a la misión que los intelectuales se arrogan en la dirección de la nación. Durante el período dictatorial el elitismo se concretará en quienes define como hombres providenciales, Primo de Rivera ante todos. Premisas que enlazaban a Maeztu con la ola contrarrevolucionaria que había emergido tras el fin de la guerra europea. Por fin, gran preocupación por establecer un sistema ordenado de convivencia evitando sobresaltos sociales. De ahí su inicial crítica al sistema restauracionista, incapaz de proporcionar los mínimos vitales a la mayoría de los españoles, reproche que por diversos autores ha sido interpretado como expresión de cierto nacionalismo español. Y como remedio, propuesta de un gremialismo corporativista con atraque final en un autoritarismo debelador de las clases que demanden desempeñar su papel en la historia. Económico, elitismo y contención social serán las tres principales premisas maeztianas, y sobre ellas construirá diferentes estructuras teóricas acordes con las situaciones por las que atraviese la sociedad española y en función de sus aspiraciones personales. Con tales supuestos, los cargos públicos vendrían de inmediato.

### **Las relaciones exteriores de la Dictadura: el hispanoamericanismo**

La parálisis por la que atravesaban los últimos gobiernos restauracionistas había motivado que el golpe de Primo de Rivera fuera recibido no con manifiesta hostilidad sino más bien con esperanzada expectación. Proyecto tintado de un toque regeneracionista que prometía sacar de la impasse en que se encontraba el agotado modelo del tur-nismo liberal y con el objetivo inmediato de acabar con el terrorismo, el problema marroquí y el separatismo<sup>12</sup>, el ansia de permanentizarse

---

<sup>12</sup> Manifiesto de Primo de Rivera «Al País y al Ejército españoles», *La Vanguardia*, 13.9.1923.

en el poder le llevó, sin embargo, a incomodar a las fuerzas que le habían encumbrado. Tras lograr una inicial modernización económica, que revela síntomas de estancamiento a partir de 1926, el régimen se empantanó en la resolución de la crisis de representación por la que atravesaba la sociedad española y buscó paliarla durante su segunda fase, el Directorio Civil, mediante el corporativismo en lo social, para lo que contó con la ayuda de la UGT, y el autoritarismo en lo político merced a la pasividad que demostraron los representantes de la «vieja política» que se habían retirado sin protestar. Sin embargo, la negación nominal de la política no fue suficiente para que republicanos, estudiantes, sindicalistas, intelectuales e importantes sectores del ejército renunciaran a sustituir al dictador recurriendo al decimonónico sistema del pronunciamiento y posterior golpe de estado combinado con movilizaciones populares que, invariablemente, se saldaba siempre en fracaso. Por fin, quienes le otorgaron el placet en 1923, el ejército y el rey, serán también quienes se lo retiren y apuesten por una vuelta al pasado liberal. Pero el «paréntesis» de la Dictadura no había logrado detener el tiempo histórico y la crisis de hegemonía del bloque de poder restauracionista se encontraba en la misma situación que en 1923, aunque ahora lastrada con el pasivo del fracasado ensayo dictatorial<sup>13</sup>.

La política internacional de la Dictadura ofrece, en el momento que Maeztu accede al cargo de embajador en la Argentina, un panorama relativamente calmado. Finalizada la gran guerra y superados los acontecimientos revolucionarios que le siguieron, se había entrado en un período de desestabilización del escenario europeo que cuestionaba el status de quienes habían sido potencias vencedoras. De esta forma, el marco de relaciones internacionales diseñado por la Sociedad de Naciones, gestora de los intereses de aquéllas, había quebrado para entonces. Por una parte, la política revisionista de Alemania es aceptada en la conferencia que se celebra en Locarno en octubre de 1925 y, por otra, Estados Unidos, tras la designación de Harding que releva a Wilson basando su campaña en el lema «America first», inicia un viraje aislacionista respecto a Europa, aunque reservándose el nuevo continente para su disfrute<sup>14</sup>. El espacio europeo desde ese momento recoge el resurgir de las viejas potencias que se enfrentaron en la gran guerra de la que España estuvo ausente. Ahora, y en razón de su posición

---

<sup>13</sup> MIRALLES, Ricardo; GRANJA, José Luis de la: «Poder y élites en la obra de Tuñón de Lara», *Historia Social* n.º 20, otoño 1994, p. 119.

<sup>14</sup> MIRALLES, Ricardo: *Equilibrio, hegemonía y reparto. Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945*. Madrid, Síntesis, 1996, p. 133.

subalterna en la arena internacional, poco podrá hacer un país que debe implementar su política exterior en función de los movimientos ajenos. Es con ayuda francesa como Primo soluciona el problema marroquí. Asimismo, intenta apropiarse de Tánger colocándose a la estela del reciente expansionismo italiano en el Mediterráneo, expulsado de centroeuropa. Por ello, cegadas sus aspiraciones en el Magreb, el segundo marqués de Estella intenta romper el aislacionismo español mirando a Hispanoamérica. Pensaba que la acción exterior podría descongestionar el cada vez más problemático panorama interno y a ello se lanza con entusiasmo desde finales de 1925 iniciando una labor de profunda reestructuración en el aparato diplomático. En diciembre de ese año dota al ministerio de Estado de una sección política dedicada de manera particular a América a la que incorpora una Oficina de Relaciones Culturales, lo refuerza presupuestariamente, funde la carrera diplomática y consular y crea nuevas legaciones exteriores, sobre todo en Sudamérica. Expresión de ese creciente interés es la integración en noviembre de 1928 del ministerio de Estado en la Presidencia del Consejo de Ministros<sup>15</sup>. Junto a ello, se promueven toda una serie de acontecimientos en un intento de realzar la imagen modernizadora del Directorio Civil y los lazos de unión transcontinentales: vuelo del *Plus Ultra* (enero 1926), I Congreso Iberoamericano de Aeronáutica (Madrid, octubre 1926), exposición Aniversario del fallecimiento de Goya (Buenos Aires, 16.4.1928), VIII Congreso Jurídico Internacional de la Aviación (Madrid, mayo 1928), IV Congreso Internacional de Ciudades (Sevilla, octubre 1928), monumento en Buenos Aires a la gesta del Plus Ultra (16.12.1928), monumento a Cervantes (Madrid, 1929), monumento a la Raza (Barcelona), mausoleo de los Reyes Católicos en Granada, vuelo del *Jesús del Gran Poder* a Buenos Aires (4.4.1929), IV Congreso Internacional de Prensa Técnica y Profesional (Barcelona, septiembre 1929), inauguración del servicio telefónico con Buenos Aires y Montevideo (Sevilla, octubre 1929), Congreso Internacional de Historia de España (Barcelona, noviembre 1929), III Congreso Internacional de Historia y Geografía Hispano-Americanas (Sevilla, mayo 1930), que tendrán como colofón la celebración de la Exposición Ibero Americana de Sevilla que abrió sus puertas en el parque de María Cristina el 9 de mayo de 1929. Se pretendía conseguir de esta forma la creación de un espacio simbólico unificador de la metrópoli y los territorios de América del Sur que restituía el desgarró que había supuesto la independencia política.

---

<sup>15</sup> Archivo General de la Administración del Estado, Asuntos Exteriores, 9199.



Pero el afán puesto por Primo de Rivera en lograr para España el status de metrópoli de Sudamérica se topó con múltiples obstáculos y no llegó a cuajar. Por ejemplo, el predecesor de Maeztu en la República Argentina, el duque de Amalfi, había pretendido en enero de 1927 siguiendo instrucciones de Primo, sin conseguirlo, la supresión de unos versos, supuestamente vejatorios, del himno nacional argentino. En ellos se describía a un «león», por España, que se encontraba rendido a los pies de la alegoría que representaba a la nación argentina. La respuesta oficial del ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de ese país no se demoró más de un mes, recordando que el citado himno había sido aprobado en Asamblea Constituyente de 1813 no cupiendo por tanto ninguna modificación. Añadía, además, que tal pretensión afectaba a la soberanía argentina por lo que desestimaba la petición realizada por el representante de la monarquía española<sup>16</sup>. Una monarquía que deseaba personarse en ese continente y que nunca encontró ni el momento ni las condiciones idóneas para concluir ese viaje debido al poco entusiasmo de quienes debían officiar de anfitriones<sup>17</sup> y de las dificultades que de la realización del mismo se derivarían en países que se habían convertido en lugar de exilio de numerosos españoles y en los que el intento de la Dictadura de crear secciones de la Unión Patriótica se encontraba con sólidas resistencias, únicamente vencidas muchas veces por medio del empuje oficial<sup>18</sup>, impulso que, con tesón, se manifestaba en todas y cada una de las acciones del gobierno. Para ello, en verano de 1928 se distribuye desde el ministerio de Estado a las legaciones sudamericanas la obra *Reivindicación histórica del siglo XVI* a fin «contribuir a deshacer la leyenda negra» y ensalzar un pasado glorioso en el ámbito internacional. Otro tanto cabe decir del talante de los embajadores que fueron nombrados para las diversas legaciones sudamericanas. Así, en esas mismas fechas el embajador español en Chile, Santiago Méndez de Vigo, escribe a Maeztu glosando *La Crisis del humanismo*, admitiendo preferir una «Sociedad Jerarquizada a una humanidad Anárquica ... ya que el problema capital de nuestros días y de los venideros, es la lucha entre la autoridad y el comunismo»<sup>19</sup>. El mismo tenor respalda la actividad de la Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana, adscrita a Secretaría Auxiliar de la Presidencia del Consejo de Ministros, que en otoño de ese mismo año había «iniciado una

---

<sup>16</sup> AGA-AAEE-9221.

<sup>17</sup> AGA-AAEE-9197.

<sup>18</sup> AGA-AAEE-9219.

<sup>19</sup> AGA-AAEE-9211.

*activa campaña de propaganda de los ideales de España»* para lo cual remite a las legaciones en Sudamérica ejemplares del libro de José Pe-martín *Los valores históricos de la Dictadura*, obra que era un verdadero «himno a España y a su situación política»<sup>20</sup>.

En el espacio argentino, la política exterior del Directorio debía contender, además, con poderosas influencias de las potencias con intereses en Sudamérica. El VI Congreso Hispano Panamericano celebrado en La Habana en 1928 ratificó los presupuestos de la doctrina Monroe en defensa del expansionismo colonialista de los EE.UU. de América sobre las naciones del sur. Se persistía en la política del presidente Harding, arriba expuesta y que en 1929, en el memorándum Clark, se definió como política de «buena vecindad». Solamente se oye en esa asamblea la voz discrepante del argentino Honorio Pueyrredón, miembro del Partido Radical al igual que su presidente, Yrigoyen. Éste, en la visita que realizó en diciembre de ese mismo año a la Argentina el presidente electo Hoover que había partido en gira por Sudamérica, le expuso de forma clara que la soberanía argentina y la justicia estaban por encima del poderío de las naciones más poderosas<sup>21</sup>. Pero, parece que ni estas admoniciones ni las manifestaciones obreras que se celebraron en Buenos Aires denunciando la ocupación de Nicaragua fueron argumentos suficientes para que en septiembre de 1930 los americanos renunciaran a patrocinar un golpe de estado a favor del general Uriburu, cuando Yrigoyen llevaba al parlamento el proyecto de nacionalización del petróleo argentino. En esta intromisión también había influido, sin duda, la firma en noviembre de 1929 del Convenio de Comercio y Créditos Recíprocos con Gran Bretaña. La economía argentina, basada en la exportación triguera y bovina, dependía por completo del balance de su cuenta exterior. Por ello, cuando las consecuencias del *crash* de la bolsa de Nueva York llegaron a ese país, el paro se extendió a todos los sectores. La colonia española fue una de las principales perjudicadas y la embajada tuvo que ocuparse de numerosos compatriotas que solicitaban fondos para su repatriación. Pero esta posición de acentuada dependencia de los países económicamente poderosos no llevó al presidente Yrigoyen, a pesar de su retórica antianqui, a buscar la protección de la madre patria. Frente a ésta mantuvo una actitud de digna independencia, propia del *civilismo radical* del que procedía. Por eso, no creyó conveniente autorizar, con motivo de la celebración del Día de la Raza

---

<sup>20</sup> AGA-AAEE-9210.

<sup>21</sup> AGA-AAEE-9197.

en 1929, la participación de militares argentinos en un *raid* aéreo de Buenos Aires a Sevilla en un avión financiado por un comerciante catalán afincado en Argentina que había sido bautizado con el reiterativo nombre de Doce de Octubre<sup>22</sup>. Como se ha visto, la actuación de la Dictadura española en Argentina era incapaz de penetrar en los flujos económicos en los que se movía ese país y, tras el desastre del 98, tampoco podía aparecer tutelando la soberanía del sudcontinente. Su papel se redujo a revalorizar los lazos culturales que eran comunes a ambos países y todo lo más a aspirar a un difuso patronazgo espiritual que no era siempre bien aceptado, debiendo aguantar los desaires del particularísimo Yrigoyen sometido, por otra parte, al imperialismo económico de las naciones que contaban con un capitalismo firmemente afianzado. En estas circunstancias, a la Dictadura sólo le cabía poner en circulación una ideología, como el hispanoamericanismo, de difusos contornos y esperar lo que de su virtualidad pudiera conseguirse en América, mientras cohesionaba en España energías patrióticas alrededor del dictador.

### Disidencia y oposición españolas en Argentina

El ideal misionero que traslucía el discurso del embajador español se mostraba, aún, tolerante con quienes no lo compartían. A pesar de las profundas diferencias que le separaban de sus adversarios políticos, el clima del momento hacía que Maeztu adoptara una actitud de respeto hacia las ideas de sus oponentes y de consideración hacia sus actuaciones. El enrarecimiento de la vida política llegará tras la caída de la monarquía y la constatación de la inmediatez de la pérdida de los privilegios que detentaban los usufructuarios del régimen alfonsino. Ello, debido a algo que Juliá<sup>23</sup> ha estudiado para la capital de España y que establece, para el último tramo de la monarquía y primer momento del régimen republicano, en el hecho de la progresiva constitución del pueblo como sujeto político. Con el paso del tiempo, el posterior proceso de diferenciación social que se va operando dentro de ese conglomerado al que se conoce como pueblo, hará que la estratificación sociológica resultante de ese proceso se vaya trasmutando en segmentación política durante la segunda República. De esta forma, se va consoli-

<sup>22</sup> AGA-AAEE-9221.

<sup>23</sup> JULIÁ, Santos: *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Alianza, 1984, p. 20 y ss.

dando una formación social en la que las clases acaban definiendo su posición de manera autónoma, desgajadas de ese primer agrupamiento que trajo la República, de cariz eminentemente popular. Es así, que de la destrucción ideológica del pueblo surge, a partir de otoño de 1932, la afirmación política de la clase. No pueden tener cabida, por ello, durante el período dictatorial las conocidas diatribas de Maeztu; éstas habrán de aguardar para más adelante. Sin embargo, su lenguaje se irá acercando en la medida que la situación social evoluciona en contra de lo apetecido por el estrecho grupo de interés al que pretendía representar.

Por lo que respecta a su actividad en la Argentina, distinguiremos dos tipos de conducta de Maeztu ante acontecimientos que contestan tanto su quehacer diplomático como la política del país que representa. La primera tiene que ver con hechos que tienen lugar en el país andino en relación a actividades no afines a la Dictadura y la segunda con la propia labor de la oposición española en Argentina, tradicional tierra de asilo político de disidentes. Ejemplos de los primeros son la carta que Maeztu dirige a quien fuera responsable del cese de Romanones en 1919, el general Milans del Bosch, al que solicita una plaza de Inspector de Abastos para un patrocinado que *«antiguamente era un exaltado pero que ya hace años me escribe hablándome de su desencanto del bolchevismo y de su sincero y leal patriotismo»*<sup>24</sup>. Sorprende el candor de la petición, a la que el militar no dio curso por razones obvias. Si hemos traído a colación este ejemplo es con el fin de señalar que el embajador, además de concebir posible la colaboración de antiguos enemigos, veía en la conversión de su recomendado un logro de la Dictadura en su intención de integrar a los españoles tras la bandera del patriotismo. Logro que sólo era alcanzable mediante la modificación de las conciencias, como lo demostraba este caso, debido al desencanto que le habían provocado sus anteriores ideas comunistas. Sobre la disposición que Maeztu adopta ante los republicanos ésta es, además de respetuosa, deferente. Es lo que se deduce de su intervención en los actos que se organizan a causa del fallecimiento de Blasco Ibáñez, para quien había escrito en su periódico valenciano *El Pueblo* y acompañado al homenaje que el republicanismo madrileño le rindió en 1901. Ante la nota de condolencia que le envía la Asociación de Prensa de Mendoza por la muerte de tan insigne literato, Maeztu devuelve contestación expresándoles que *«esta Embajada se asocia por su parte al sentimiento producido por la*

---

<sup>24</sup> AGA-AAEE-9201.

*muerte de tan eminente escritor, gloria de las letras españolas*»<sup>25</sup>. Algo análogo ocurre cuando recibe notificación del presidente del Centro Republicano Español de Rosario de Santa Fe que le comunica el óbito del fundador del citado centro y le suplica garabatee unas cuartillas sobre el finado. La contestación de Maeztu, exponiendo la imposibilidad de cumplir tal petición debido al cargo que ostenta, reconoce el sentimiento que la denegación le produce «*especialmente doloroso por la alta estimación en que tenía a Don Toribio Sánchez*»<sup>26</sup>, fundador de la citada asociación republicana. Ese mismo tono de consideración mutua entre quienes se encuentran en lugares opuestos del espectro político se manifiesta en las relaciones con Cipriano Rivas Cherif, suegro de quien será el más importante dirigente republicano español. Con motivo del estreno de la obra de Benavente *Para el cielo y los altares* en el Teatro Odeón de Buenos Aires, Rivas envía invitación a Maeztu para que éste pueda acudir a la representación, aunque en «*localidad discreta*» pues la obra había sido prohibida por Primo de Rivera pues consideraba que se satirizaba a la realeza, a la rusa en este caso. La cordialidad que se desprende de la correspondencia que con este motivo se cruzan ambos<sup>27</sup>, no presagia de ninguna manera el futuro que les aguardará tras los hechos de julio de 1936: condena a muerte convertida en largo encarcelamiento y pelotón de fusilamiento.

La visita que José Ortega y Gasset realizó a la Argentina en agosto de 1928 colocó a Maeztu ante un verdadero dilema. Reticente, pero dispuesto a colaborar con Primo, Ortega había dedicado<sup>28</sup> en 1914 su primer libro, *Meditaciones del Quijote*, al pensador alavés. Sin embargo, recientemente, había padecido los rigores del autoritarismo del Dictador. Primo había prohibido la publicación en *El Sol* de una serie de artículos, que mas adelante aparecieron compilados en un libro titulado *La redención de las provincias*, porque exaltaban, según entendía, lo que llamaba ideal regionalista<sup>29</sup>. Ortega no había sido invitado por el gobierno argentino, sino que acudía a ese país llamado por la Sociedad de Amigos del Arte, y ello sembró de dudas a Maeztu sobre la posición que debía de adoptar la embajada. Fruto de esa comezón es el borrador manuscrito del telegrama que expide a Estado solicitando «*saber si*

<sup>25</sup> AGA-AAEE-9211.

<sup>26</sup> AGA-AAEE-9210.

<sup>27</sup> AGA-AAEE-9222.

<sup>28</sup> «A Ramiro de Maeztu, con un gesto fraternal».

<sup>29</sup> GARCÍA QUEIPO DE LLANO, Genoveva: *Los intelectuales y la dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Alianza, 1988, p. 338.

*Gobierno S.M. estima debe acogerle como alto valor cultural España o si cree preferible guardar cierta distancia*»<sup>30</sup>. Si el texto no fuera suficientemente explícito, las tachaduras, rectificaciones e indecisión del trazo nos advierten del pesar que supuso para Maeztu el no poder agasajar como convenía a la figura intelectual más eminente con la que contaba en aquel entonces España; máxime teniendo en cuenta que en los primeros pasos de su carrera como escritor, Ortega se había reconocido discípulo del periodista vasco, la mutua influencia que ejercieron entre sí y el ascendiente programático de Maeztu sobre el manifiesto de la Liga de Educación Política Española<sup>31</sup>.

Pero si mantenerse al margen durante la visita de Ortega había producido en el embajador gran turbación, mayores perjuicios le originaron las consecuencias del empeño en neutralizar la actividad de la oposición española en Argentina. En este punto, la actitud conciliadora del embajador no va a resultar útil para enfrentarse a un fenómeno de naturaleza menos asimilable que el de las relaciones personales con los integrantes de las diferentes opciones políticas. Dentro de la oposición se encuentra un sector que preocupa sobremanera al gobierno de Primo de Rivera, el referente a la actividad anarquista, al que dedica un especial seguimiento por medio de infiltrados en sus organizaciones. La policía española había conseguido introducir un agente que se identificaba por el sello con que rubricaba sus confidencias, una estrella de cinco puntas, en el movimiento anarquista español que se agitaba por toda Sudamérica. Al gobierno le interesaba sobre todo conocer las potenciales relaciones de Santillán con José Sánchez Guerra y Santiago Alba y la eventualidad de que se prepararan acciones terroristas en las exposiciones de Sevilla y Barcelona<sup>32</sup>. El miedo a los atentados contra políticos pervivía aún en los medios policiales y se agitaba la amenaza que suponía la audacia de perpetrar regicidio para desaconsejar el viaje de Alfonso XIII al continente. Como cabe esperar, la mentalidad de Primo de Rivera estaba presa de una concepción de la acción política según la cual son una minoría quienes deciden los destinos de la nación y de ahí la preocupación por tales o cuales personajes de la oposición pareja al desinterés por los movimientos sociales que en los años finales de la Dictadura se expresaron a través de grandes manifestaciones públicas de protesta.

<sup>30</sup> AGA-AAEE-9197.

<sup>31</sup> Fox, E. Inman: «Estudio preliminar», Ramiro de Maeztu, *Liberalismo y socialismo*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984, p. V y ss.

<sup>32</sup> AGA-AAEE-9197.

Los nacionalismos periféricos fueron capaces de movilizar entre los emigrados peninsulares una considerable cantidad de efectivos. Éstos se encontraba presentes en Argentina debido a la numerosa colonia proveniente de las provincias vascas y de Cataluña. La Asociación Española de Socorros Mutuos de Comodoro Rivadavia informó al embajador que la Sociedad Euskal Echea había participado enarbolando una bandera separatista el 25 de mayo de 1928 en el desfile patriótico que conmemoraba la promulgación de la Constitución en Santa Fe. La respuesta de Maeztu a la confidencia de la Asociación Española, aunque de talante conciliador, es inflexible sobre el juicio que le merece el nacionalismo vasco puesto que *«el bizcaitarrismo es una idea política disolvente que puede considerarse como moribunda en el País Vasco... que desaparecerá tanto más pronto cuanto mayor sea el entusiasmo y la unión de los buenos españoles»*<sup>33</sup>. Deseos que no se realizaron y que le obligaron a seguir combatiéndolo en el período republicano durante su etapa de diputado a Cortes, denunciando la artificialidad del movimiento *jelkide*, negándole posibilidad de existencia, al sostener que *«la palabra Euzkadi no responde a ninguna clase de realidad política. Cuando yo me crié no se había inventado todavía»*<sup>34</sup>. Un año más tarde, con motivo del nonagésimo aniversario de la derrota carlista y consiguiente promulgación de la ley que permitía la modificación de los fueros con el fin de adecuarlos a la Constitución de 1837, Acción Nacionalista Vasca divulgó en Argentina un manifiesto que reclamaba el derecho a la independencia de Euzkadi. Tal pretensión se justificaba al denunciar la *«bárbara tiranía del brutal militarismo del opresor Estado español»*<sup>35</sup>, que era lo que la dictadura de Primo de Rivera suponía, según esta organización, para la mayoría de los vascos. ANV unía ambos tiempos históricos, el militarismo de 1839 y de 1929, en un solo sentimiento que exigía acabar con tanta ignominia mediante el ejercicio de la plena soberanía nacional. Elorza explica que, paradójicamente, *«la Dictadura de Primo de Rivera crea los supuestos para el relanzamiento del nacionalismo»* *jelkide* al imposibilitar la acción política y volcar las energías sobre el hecho cultural, dando lugar a lo que califica como *«renacentismo vasco»*<sup>36</sup>. Sin trabas en la expresión de la política en el país andino, era de esperar que el discurso de oposición naciona-

<sup>33</sup> AGA-AAEE-9198.

<sup>34</sup> «Álava y Euzkadi». *El Pueblo Vasco*, 1.3.1934.

<sup>35</sup> AGA-AAEE-9214.

<sup>36</sup> ELORZA, Antonio: «Cultura e ideología en el País Vasco contemporáneo», *II Congreso Mundial Vasco, Congreso de Historia de Euskal Herria*, 1988, T. V, p. 204.

lista ocupara este terreno, máxime cuando quien lo emite es ANV, una organización laica que cuenta con un proyecto de democratización política que le diferencia en ese aspecto de lo propuesto por Comunión Nacionalista. Macià fue, también, otro punto de preocupación de Maeztu como cabe esperar por razón del intento de penetración armada que había protagonizado Estat Catalá durante los primeros días de noviembre de 1926 desde la localidad fronteriza de Prats de Molló. Durante el verano de 1928, el político catalán realizó una gira por toda Argentina difundiendo los ideales catalanistas que fue imposible atajar desde la embajada debido por una parte, a la permisividad y simpatía de las autoridades locales y, por otra, al poco éxito de la presión ejercida por Maeztu ante el gobierno argentino.

También fue incapaz de impedir la publicación en uno de los principales diarios bonaerenses de un suelto remitido desde Hendaya por la United, firmado por algunos de quienes habían sido sus compañeros en la fundación de la Liga de Educación Política<sup>37</sup>. Marañón, Pérez de Ayala, Valle Inclán, Jiménez de Asúa, Negrín y algunos otros se pronunciaban duramente contra el régimen y exigían la dimisión de Primo y la apertura de un proceso constituyente que reconciliara al país. En las comunicaciones, que bajo el encabezamiento de «confidencial», Maeztu remitía al marques de Estella, alertaba de la posibilidad de que el dirigente republicano Rodrigo Soriano editara un semanario en Argentina. «*No necesito decirle lo que ello significa*», escribe el embajador anticipándose a la alarma que causarían en Primo de Rivera los proyectos de quien había acompañado a Unamuno en su confinamiento en Fuerteventura por haber aireado públicamente el asunto de «la Caoba», de quien se decía la había conocido en la adoración nocturna. En ese mismo aviso, e informando del significativo hecho que suponía la unidad con la que procedía la oposición en Argentina, Maeztu, de una manera algo cándida, sugiere a Primo de Rivera se inicie en *ABC*, *El Debate* y *La Nación* una campaña que anuncie que «*republicanos que se unen a los separatistas son traidores a España y separatistas que reciben armas del Soviet, como Macià, no pueden constituir un gobierno en que las vidas y haciendas estén garantizadas*»<sup>38</sup>. La efervescente situación política del momento contempla a un Maeztu incapaz de articular propuestas alternativas, más allá de lo que pueda suponer acudir a recetas gastadas y cabildeos entre bastidores. Es muy posible que no

<sup>37</sup> «Un manifiesto de protesta contra la Dictadura», *La Nación*, 15.8.1928.

<sup>38</sup> Lo de Macià y la campaña de prensa en AGA-AAEE-9197.



estuviera bien informado del grado de contestación que sobrellevaba el régimen del dictador ni del desprestigio en que se iba hundiendo la figura del rey. Lo contrario hubiera supuesto una actuación diferente de la Unión Monárquica Nacional durante los gobiernos de Berenguer y Aznar, encaminándose hacia el apoyo institucional más que hacia el desprestigio de la estrategia de difícil reactualización de la maquinaria constitucionalista que intentó la «vieja política», en acertada expresión de Ortega. Por ello, las sugerencias que Maeztu ofrecía para desgastar a la oposición no podían desacreditar ni un ápice la legitimidad de un movimiento que, precisamente, desbancaría por vía electoral al bloque que representaba la Dictadura. Frente a la vitalidad de la oposición, poco podía hacer un Maeztu que no contaba con el largo brazo de la autoridad gubernativa para imponer sus dicitos. Pero el Maeztu embajador en Argentina es todavía un político tolerante con los otros y sus propuestas. Si el «régimen» atravesaba por una situación difícil, el control de los principales aparatos de poder permitía ver el futuro con optimismo. Desactivado el obrerismo anarcosindicalista, el PSOE, principal partido de la oposición, se encontraba dividido, por burguesa, ante la propuesta republicana de recambio. Los mismos republicanos no contaban con un proyecto común y los *radicales* se movían en la ambigüedad sobre la forma de acabar con la corona. Por ello, y a pesar de la implicación de Maeztu en la asonada de la Sanjurjo<sup>39</sup>, queda aún muy lejos el escritor y diputado exaltado de los últimos años de la República que reclamaba mano dura y venganza política contra sus adversarios. El miedo físico a las movilizaciones de masas que operan en el tercer decenio servirá de disculpa a los propagandistas de la solución golpista para postular la necesidad de la defensa social mediante la creación de grupos paramilitares que actúen contra las organizaciones obreras en un primer momento y de la salida del ejército a la calle después, una vez convencidos de la inoperancia de cualquier solución que pase por el respeto a la legalidad, aunque éste únicamente se declare desde un punto de vista formal. Pero todavía el cainismo no se había instalado en la extrema derecha española como su principal puntal ideológico; aún no se había llegado a los años que Juliá ha denominado de «*la insurrección y el frente*»<sup>40</sup>. Anticipándose a ese momento, Maeztu ya apuntaba en sus escritos un deslizamiento hacia las tesis que interpretan la realidad en términos de conflicto frente a quienes buscaban en el consenso un punto de aproximación a la dicotomía que regula la vida social.

<sup>39</sup> Archivo del Territorio Histórico de Álava-1412/1.

<sup>40</sup> *Op. cit.*, p. 4.

## La lección del Quijote

Con este mismo encabezamiento, Maeztu tituló una conferencia que se celebró en el elitista Jockey Club porteño el 18 de abril de 1928. Fue a las pocas meses de su llegada y su intención era darse a conocer entre los círculos más influyentes de la clase política argentina, objetivo que consiguió ya que asistieron el presidente de la República, Alvear, y varios de sus ministros. El tricentenario de la edición del Quijote, se había celebrado en España el 5 de mayo de 1905, y había servido de pretexto para reinterpretar la figura del hidalgo en clave de solución a la crisis en la que desde tiempo se hallaba instalada la sociedad española. La conocida estridencia del juvenil Maeztu le había llevado unos años antes a interpretar la obra cervantina como producto literario de un período histórico de decadencia pues, «*después, y no antes de escrito el Quijote, se hunde nuestra España en el desencanto y el arrepentimiento, pierde su imperio y llega casi, casi, hasta morir de melancolía como el loco inmortal*»<sup>41</sup>. Lógicamente, Maeztu no modificó en toda su existencia el juicio sobre el Quijote. Aunque rescatara aspectos parciales y conductas concretas del personaje, siempre insistiría en que representaba un reflejo global de la pérdida de pulso de España: como «*término de la epopeya nacional del siglo xvi, el desencanto que sigue al sobreesfuerzo y al exceso de ideal*» lo describía en 1934<sup>42</sup>. Por el contrario, la mayoría de los intelectuales aprovecharon el aniversario para glosar la obra cervantina en un sentido positivo, creándose neologismos como quijotismo, quijanismo y otros que se consolidaron como conceptualizaciones que aprovechaban la riqueza hermenéutica que era factible extraer de esta figura. Es posible recorrer así un continuum que le interpreta desde su manifiesta heroicidad hasta el extremo contrario que descubre su comprobado fracaso ante un mundo en mutación que don Quijote no alcanzó a comprender. Pero si los desgastados paradigmas que rodeaban a las prácticas caballerescas se habían mostrado inapropiados para dirigir los comportamientos de la edad moderna, las reelaboraciones que del personaje literario se activan en los primeros años del siglo se revelan también impotentes para interpretar, aunque sea en clave alegórica, las profundas transformaciones que operan y esperan en ese período histórico. El ensimismamiento, el casticismo y la mitificación que señorean durante los primeros años del si-

<sup>41</sup> «Ante las fiestas del Quijote», *La Correspondencia de España*, 13.12.1903.

<sup>42</sup> *Defensa de la Hispanidad*, Madrid, Cultura Española, 1941 (1.ª ed. 1934), p. 264.

glo el panorama intelectual español no sólo son inadecuados para comprender las dificultades por las que atraviesa la crisis de representación del bloque de poder durante la baja Restauración sino que además, y esto es lo más significativo, ciegan cualquier proyección de propuesta política de futuro. En este aspecto, se puede decir que, en negativo, actúan como anticipadores pasivos de la salida plasmada en la septembrina.

A pesar de ello, Maeztu había publicado en 1926 una antología de artículos que subtitulaba como un «ensayo en simpatía» en el que trataba las figuras literarias de los tres estereotipos españoles, el Quijote, don Juan y la Celestina<sup>43</sup>. Los asociaba, respectivamente, con los valores del Amor, el Poder y la Verdad, por otra parte, atributos trinitarios de la divinidad según él mismo aseguraba. Propugnaba de esta forma una identificación de lo imaginario hispánico con la interpretación católica de la actividad divina en una suerte de fusión de lo nacional y lo religioso. Con ello se infería que la función terrenal de España se consumaba en su misión como pueblo profundamente católico. Adaptándose al público al que ahora se dirigía, el Jockey Club recogió las palabras de Maeztu en las que se refirió al marco histórico que rodeaba el momento de creación del Quijote. La característica peculiar de esa etapa había sido «*la existencia del común ideal de los pueblos hispánicos, formado por la cultura y creencias [españolas] del siglo XVI... constituyendo un credo central entre el ideal anglosajón de razas intrínsecamente superiores, y las utópicas creencias comunistas de absoluta igualdad humana...*»<sup>44</sup>. Este credo central, cultura —hispanoamericanismo— y creencias —catolicidad—, va a ser predicado por el embajador en Sudamérica, tomando como punto de partida la república Argentina, a fin de continuar la misión civilizadora encomendada a España. De paso, Maeztu intentaba exponer que el país al que representaba podía desempeñar en la Argentina un papel de contención de los explícitos intentos hegemónicos norteamericanos e ingleses que hemos referido más arriba y que, además, el modelo político español, o sea la Dictadura, era eficaz como valladar de lo que, eufemísticamente, se conocía como el «problema social», por la revolución comunista. Queda la duda de por qué Maeztu acudió a la figura del Quijote para hacerse comprender entre los oyentes del Jockey Club. Nosotros pensamos que

---

<sup>43</sup> *Don Quijote, Don Juan y la Celestina, ensayo en simpatía*, Madrid, Espasa-Calpe, 1926.

<sup>44</sup> AGA-AAEE-9201.

el que se remitiera a un personaje literario ya anacrónico, incluso en ese momento manifiestamente residual y poco efectivo para la propaganda, tiene su explicación si se conciben las propuestas de los movimientos y organizaciones políticos como nos las define la historiógrafa Scott, en vez de categorizarlas como si se trataran estructuras de pensamiento pertinentes<sup>45</sup>. Entendidas desde este punto de vista las connotaciones del ideologema del quijotismo, es más fácil descifrar la manera en que Maeztu va a llevar a cabo su conmutación terminológica, sustituyéndolo por el más actualizado de hispanidad, al constatar la obsolescencia del primero y el mayor eco en Sudamérica del segundo, sin que prácticamente se operen cambios en los contenidos.

De esta forma, el embajador presentaba ante la oligarquía económica argentina y su representación política la inveterada lección que España proponía al resto de los países. Si ante el poder económico exhibía el orgullo de la diferencia que suponía la vía argentina hacia la prosperidad, basada en el desarrollo agropecuario en competencia con la propuesta anglosajona, por otra parte, animaba a la clase dirigente a perseverar en su política de mano dura ante las reivindicaciones populares. Aunque pocas admoniciones necesitaba en ese aspecto el aparato coercitivo andino. Durante lo que se conoció como la «semana trágica» bonaerense en 1921 y en las revueltas de pastores en la Patagonia ese mismo año y el siguiente fue el ejército el encargado de la represión a sangre y fuego del movimiento huelguístico. España y Argentina, Argentina y España, podrían caminar unidas en el concierto de las naciones.

### **Hispanoamericanismo y catolicidad en el Día de la Raza**

En España, el Día de la Raza conmemoraba la fecha del descubrimiento de América el doce de octubre de 1492 y fue instituido como fiesta nacional por Real Decreto del gobierno conservador de Dato en 1917. En Argentina, fue el presidente Yrigoyen durante su primer mandato quien unió la celebración del Día de la Raza a la fecha de toma de posesión del presidente electo, en una tradición que se remontaba a fi-

---

<sup>45</sup> «Los movimientos políticos no evolucionan lógicamente, sino tácticamente, improvisando reclamos e incorporando y adaptando distintas ideas a su causa particular. Si concebimos tales movimientos como amalgamas de interpretaciones y programas...» Joan W. Scott, «Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera», *Historia Social*, n.º 4, prim.-ver. 1989, p. 91.

nales del pasado siglo. El decreto de Yrigoyen de 1922 lo hacía, entre otras razones, «en homenaje a España, progenitora de naciones a las cuales ha dado con la levadura de su sangre y la armonía de su lengua una herencia inmortal». La rutinaria transmisión de poderes sólo se interrumpió en septiembre de 1930 con el golpe de estado del general Uriburu.

El año 1928 reunió ambas efemérides: Yrigoyen había sido elegido presidente para un segundo sexenio, sustituyendo a Alvear. Ante tal oportunidad, Maeztu procuró que España y su régimen disfrutaran de un papel relevante en los actos que se planearan, con el fin de resaltar la preeminencia de la «madre patria» y el modelo político de la Dictadura. Para ello se valió de que el buque escuela «Elcano» se encontraba navegando en el Atlántico sur e iba a atracar en Buenos Aires en la segunda quincena de septiembre. Para prolongar su estancia hasta el Doce de Octubre el embajador presionó a Primo de Rivera, logrando se ampliaran los fondos destinados a la misma. Así, el buque español pudo participar en el desfile naval que tuvo lugar en la bahía del Plata junto a dos destructores argentinos, «Cervantes» y «Juan de Garay». Estos habían sido adquiridos recientemente a España y la Asociación Hispano Argentina les había hecho entrega de las banderas de combate, como testimonio de hermandad, en un acto celebrado asimismo durante la festividad del Día de la Raza. Es significativa la carta que Maeztu dirige a los comandantes de ambas naves en la que, en referencia a los nombres de los tres barcos, les recuerda la comunidad histórica que ambas naciones comparten y la misión que inspiró a España a alcanzar esas tierras para «*implantar una civilización cristiana en las inmensidades del Nuevo Continente. Los Reyes de España no la impulsaron para fines temporales sino para que Cristo, con el Espíritu de amor y de poder y de sabiduría, levantara a los hombres de la tierra. ¡Acordáos, Señores Comandantes, de que os mira Dios! ¡En vuestras manos está la obra de España! ¡Llevala hacia la gloria para la que fue emprendida!*»<sup>46</sup>. Aún perduraba esa misión y ahora quien debía realizarla era Primo de Rivera. Eso era lo que Maeztu ya había expuesto en una conferencia en el Ateneo de Sevilla, añadiendo que desde ese momento la fe nacional se encontraba en el «*Padre Nuestro*»<sup>47</sup>. El hispanoamericanismo maeztiano, un tanto belicista en antítesis con la débil realidad española, trufado ya de una religiosidad

<sup>46</sup> AGA-AAEE-9198.

<sup>47</sup> *El Debate*, 8.11.1923.

al servicio de la patria, tropezó con la disposición nacionalista de Yrigoyen. La concesión por parte de Alfonso XIII del Collar de la Real Orden de Isabel la Católica al presidente argentino ese Doce de Octubre «*para premiar sus servicios hispanoamericanos*» fue recibida con desdén, de tal manera que no se le pudo entregar de forma oficial sino hasta abril del siguiente año en una ceremonia a la que acudió, como relevante invitado, el fundador de la Legión, Millán Astray<sup>48</sup>. La diplomacia española, y Maeztu el primero, no era capaz de comprender que la hermandad hispanoamericana de la que hablaba Yrigoyen se ordenaba ante todo, más a mantener distancias respecto a EE.UU., mediante el fortalecimiento de la unidad sudamericana, que a buscar vassallaje al otro lado del Atlántico.

Si homenajes como los referidos adelantaban la simbiosis de religión y destino patriótico, los que festejaron el Día de la Raza de 1929 supusieron el mayor exceso posible de la nota religiosa. El que Maeztu lo dispusiera de esa manera tiene que ver con lo que Nisbet define sobre el uso de la religión desde una política de derechas<sup>49</sup>. El año anterior, el embajador había recibido autorización, transmitida por el Secretario Particular de Alfonso XIII, para trasladar una reliquia de San Isidro Labrador a una población homónima, aledaña a Buenos Aires, atendiendo al requerimiento que le hicieran los representantes de esa ciudad y la jerarquía eclesiástica argentina. Aunque el acto de entrega, celebrado unos días antes de la festividad del Día de la Raza de 1929, no alcanzara la majestuosidad que Maeztu había previsto, pues no pudieron asistir como estaba previsto el obispo de Madrid-Alcalá, Eijo Garay, y el alcalde de Madrid, Aristizábal, la abultada catolicidad de la que se revistió funcionó de precedente para los actos que se llevaron a cabo con motivo de la festividad del Doce de Octubre de 1929.

Así, el trece, en los locales de la Asociación Patriótica Española se convocó un almuerzo de confraternización hispano-argentina al que asistieron el ministro argentino de Interior, el alcalde de Buenos Aires y Honorio Pueyrredón, antiguo ministro de Relaciones Exteriores que había tenido una actuación de valiente denuncia del imperialismo estadounidense en el reciente VI Congreso Panamericano. Ante estas personalidades argentinas Maeztu desgranó una retahíla de tópicos religiosos y patrióticos que él mismo refiere en un informe que remite a Primo de Rivera: «... *la significativa coincidencia de que la América*

<sup>48</sup> AGA-AAEE-9219.

<sup>49</sup> «Es el aspecto institucional de la religión solamente el que es pertinente al conservadurismo político», Robert NISBET, *Conservadurismo*, Madrid, Alianza, 1995, p. 100.

*haya sido descubierta en un 12 de Octubre, cuando en este día celebra también España la aparición de la Virgen del Pilar al Apóstol Santiago y es también el del testamento de Isabel I y aquí el de la trasmisión del mando presidencial, como si los pueblos de España y América se hallasen divinamente entrelazados en la obra que Nuestra Señora encarece al Apóstol y España lleva al nuevo continente, por lo que el día en que la conciencia de esta labor sagrada se haga más viva entre los pueblos hispánicos es de esperar que todos ellos se unan. ... en un pendón común, el de Santiago...»<sup>50</sup>. La mentalidad más despejada de sus invitados, altos cargos políticos de una nación que había separado el Estado de cualquier opción religiosa, recibió con sorpresa este remedo de homilía castrense. Y no tan sólo por lo forzado de tales paralelismos, sino sobre todo por lo que significaban de intromisión en ámbitos que no correspondían a un extranjero que como el excéntrico embajador español, a quien se comenzaba a conocer en algunos círculos como Ramiro II «el monje», concebía las relaciones exteriores entre las naciones como corolarios de reflexiones teológicas. Esta alocución arremetía con la realidad diplomática argentina, preocupada en lo inmediato por las relaciones con sus vecinos y las de las grandes potencias, EE.UU y Gran Bretaña principalmente. La nación argentina, aglomerado de inmigración económica desde fines del XIX y país de acogida de diversos exilios políticos, difícilmente podía identificarse con los postulados uniformadores del embajador. A pesar de ello, la sobreterminación religiosa con la que Maeztu sujeta tanto a España como a Sudamérica y lo que él juzga como éxito político de sus propuestas le llevará a pretender ampliar para el futuro año las celebraciones con una Semana de la Raza, deseo que se frustrará debido a su cese como embajador al ser arrastrado por la caída de Primo de Rivera.*

En contraste con la realidad que suponía la actividad de la oposición y el pluralismo de los diversos proyectos nacionales que destilaban Maeztu, sin atender a las consecuencias que suponían sus tesis en orden a la quiebra de la convivencia nacional, aprovecha la efemérides para presentar ante el nacionalista Yrigoyen una España idealizada en que religión y construcción nacional se sueldan en un proyecto único que hunde sus raíces en un remoto pasado y cuyos mejores momentos coinciden con la etapa imperial. Esta realidad inventada, por anacrónica e ideologizada, desembocará en una concepción españolista de la nación, de la que se apropiará la derecha más extrema, en lo que Maeztu denomina hispanidad.

---

<sup>50</sup> La reliquia y el discurso en AGA-AAEE-9205.

## La configuración del ideologema de la hispanidad

Si el término hispanidad fue acuñado en 1909 por el gran creador de vocablos que fuera Unamuno<sup>51</sup>, no hay duda que hoy los tratados políticos lo asignan generalmente a Maeztu, artífice de su difusión. Éste afirma en su *Defensa de la Hispanidad* que lo toma de un sacerdote, Zacarías de Vizcarra, al que había conocido durante su etapa de embajador en la República Argentina. La relación entre el clérigo y el escritor no sería muy anterior a junio de 1928, según se deduce de un saluda de Vizcarra, en el que manifiesta alegrarse por el restablecimiento de una reciente enfermedad del diplomático<sup>52</sup>. El tono comedido y distanciado de la misiva contrasta fuertemente con el que más tarde emplearán ambos en la correspondencia que intercambian, rayano en la recíproca fascinación. El que en 1934, al compilar su obra más conocida, Maeztu se reconociera en deuda a Vizcarra más que de Unamuno tiene que ver, pensamos, con la pretensión de Maeztu de cimentar su pensamiento en cierta aura de índole religiosa, justificada en su inspiración, y muy seguramente además en la mala conciencia que le ocasionaría el hecho de haber sido el único escritor español de relieve que no protestó ante el vengativo confinamiento del contestatario Unamuno con el que le mortificó Primo de Rivera. Sin embargo, más allá de establecer la filiación léxica del término, pretendemos con lo que sigue acotar las líneas generales del pensamiento maeztiano según brota durante su estancia en Argentina, referir las articulaciones discursivas que se presentan en competencia y, junto a ello, determinar las pretensiones de legitimidad de lo que Maeztu ofrecía.

Si, como ya adelantábamos más arriba partimos del presupuesto de que los discursos políticos no han de aprehenderse como sistematizaciones congruentes, y damos un paso adelante con objeto de comprender el efecto de realidad —verdad— que producen, hemos de convenir, como nos explica Jones, que las agrupaciones sociales y las clases políticas son «una forma de identidad producida por el discurso que adquiere aceptación en condiciones políticas específicas»<sup>53</sup>. Así, no serían las características políticas comunes: el programa y la conquista del poder principalmente, las que constituyen las organizaciones sino

<sup>51</sup> ABELLÁN, José Luis: «La hispanidad». *Historia de España Menéndez Pidal*, T. XXXIX, *La Edad de plata de la cultura española (1898-1936)*, 1993, V. I, pp. 736-737.

<sup>52</sup> AGA-AAEE-9201.

<sup>53</sup> JONES, Gareth St.: «El proceso de la configuración histórica de la clase obrera y su conciencia histórica», *Historia Social*, n.º 17 (1993), p. 129.



que éstas se conforman como resultado de la agrupación de los sujetos sociales que se reconocen mutuamente según las diversas propuestas discursivas que se estructuran alrededor de la cultura política dominante del momento. Es bajo estos postulados como debe entenderse que las construcciones ideológicas sobre la cuestión de la hispanidad —y otras que aparecen en contienda: lusitanidad, latinidad y panamericanismo, por no mencionar además aquéllas que se reclaman del socialismo, republicanismismo, etc. que se les oponen de manera manifiesta— buscan, en un afán de hegemonía, estructurar lingüísticamente la realidad por medio de diversos discursos que se presentan socialmente de «*forma* antagonística, ya que el diálogo de la lucha de clases es un diálogo donde dos discursos opuestos luchan dentro de la unidad general de un código compartido»<sup>54</sup>. Lo anteriormente expuesto nos servirá como método de análisis de la construcción teórica de Maeztu, de su práctica diplomática y de los modelos alternativos sobre los que pretende imponer su legitimidad ideológica.

En cuanto a lo primero, de toda su estancia en Argentina, destacan la conferencia ya citada «La lección del Quijote» y otras dos que llevan el común título «El humanismo de los pueblos hispánicos» y que Maeztu dicta en Bahía Blanca en enero de 1929 y en el Centro Gallego de Montevideo cuatro meses después. El texto de estas últimas se publicará, a petición del ubicuo Antonio Goicoechea, en el Catálogo Oficial de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla bajo el encabezamiento de «El Espíritu de la civilización española»<sup>55</sup> y, por fin, aparecerá como capítulo con el título de «El sentido del hombre en los pueblos hispánicos» de su obra más citada<sup>56</sup>. Las modificaciones lexicográficas, obviando la concerniente al Quijote deudora del ambiente peninsular recién abandonado, que contemplan las diferentes adaptaciones a que son sometidos los títulos revelan un gradual rechazo del empleo del término humanismo. En *La crisis del humanismo*, Maeztu ya había denunciado las trágicas consecuencias, principalmente el desvarío que supuso la guerra europea, a las que habían llevado las secuelas del pensamiento renacentista al entronizar al hombre por encima de cualquier otra realidad y, principalmente, la que hace referencia a la trascendente. Por ello, Maeztu busca ahora superar conceptos, como individualidad y humanismo, y propone para sus encabezamientos otros de carácter más abstracto y substancial como son espíritu y sentido.

---

<sup>54</sup> JAMESON, Fredric: *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid, Visor, 1989, p. 68.

<sup>55</sup> AGA-AAEE-9200 y 9201.

<sup>56</sup> *Defensa de la Hispanidad*, pp. 61-88.

Por lo que se refiere al común contenido de estas conferencias y escritos, el embajador busca destacar los elementos que determinan el sentido hispánico del hombre. El primero hace referencia a la igualdad esencial que existe entre todas las personas y pueblos de la tierra. Pasa luego a pormenorizar la fundamentación religiosa de la sociedad hispánica que obra que los tiempos de auge sean los de fe y de decadencia los de escepticismo. Lo enfrenta al humanismo moderno, léase anglosajón, que basado en el orgullo es capaz de persuadir de que la bestia —por diablo— es ángel y obliga a las naciones a la guerra por el dominio sobre otros hombres. También lo enfrenta al humanismo materialista, o sea comunista, que postula únicamente la igualdad de los cuerpos ante el hecho irrefutable de que la desigualdad es consubstancial a la vida de las personas. Por contra, el sentido del hombre hispánico ha sido acrisolado en el discurrir histórico, como se deduce de los principales hitos recogidos en los anales del hispanismo. Así, Las Leyes de Indias prohibieron la esclavitud y transformaron la conquista de América en difusión del espíritu cristiano, la Fiesta de la Raza enuncia la comunidad de todos los pueblos hispánicos, el poderío supremo de Felipe II se consagró a una causa universal como fue la defensa de la cristiandad que hace posible la salvación de todos los hombres de la tierra, etc. Esta abigarrada mezcla de enunciados es deudora en lo fundamental de un substrato ideológico del que participaba el tradicionalismo español, remedo del integrismo francés, en la que se reconocen préstamos del gabinetiano *Idearium español*, como las referencias al senequista eje diamantino y a la supuesta agresividad de los países insulares, y de cosmovisiones que circulaban desde la publicación de los «heterodoxos» de Menéndez Pelayo. El retorno a las esencias de la patria hace olvidar las anteriores preocupaciones de un Maeztu centrado en la búsqueda de las causas del predominio anglosajón, británico primero y posteriormente estadounidense. Ya no es en el exterior, sino en el pasado hispánico donde sitúa el marco de referencia para la raza, operando de esta forma un proceso de nacionalización ideológica que invalida la admiración de lo extranjero, origen de la revolución en España. El substrato casticista no empaña, sin embargo, la misión ecuménica de la raza hispana que se constituye en factor dirigente del camino de la humanidad hacia la salvación. El particularismo universalizante de Maeztu cumple de esta forma con el principal elemento que debe informar a las ideologías, «*leerse como una meditación simbólica sobre el destino de la humanidad*»<sup>57</sup> si pretenden constituirse en interpretación social hegemónica.

<sup>57</sup> JAMESON, *Op. cit.*, p. 57.

El discurso maeztiano, si se quiere más teorizado, que se ancla, buscando su legitimidad<sup>58</sup>, en el pasado como proyecto eterno para el presente ha de ser entendido en complemento con las diversas intervenciones del embajador español. Éstas añaden elementos más definidos de lo que, en su fuero interno, enjuiciaba como la especial misión que España debía cumplir en el mundo. Ya hemos visto más arriba cómo no había sido posible en un primer momento entregar al presidente Yrigoyen el Gran Collar de Isabel la Católica. Desechada, definitivamente, la siempre pendiente visita de Alfonso XIII al continente, Maeztu piensa que el viaje que Millán Astray va a llevar a cabo a Sudamérica en la primavera de 1929 es una buena ocasión y para ello dispone que la Asociación Patriótica Española de la Argentina reclame la presencia del fundador de la Legión en ese país. Éste, que se muestra exultante de fe patriótica en un lírico telegrama que envía al rey durante la travesía, cumplirá a la perfección el papel de figurón de la España primorri-verista que parte en misión de hermandad entre los hombres y tierras de ambas orillas para cumplir el mandato de entrega de la apreciada condecoración. El histrionismo del personaje provoca que adorne su gestión con ademanes como arrodillarse ante Yrigoyen en el acto de entrega del Collar o que se rodee de una guardia de legionarios veteranos con los que inspecciona los cuarteles e instalaciones militares porteñas y los círculos españolistas de la emigración<sup>59</sup>. Legión y Reyes Católicos forman la escenografía que el mensajero de la madre patria proyecta en los seleccionados lugares en los que puede dejarse ver. Como contraste, proponemos el estilo de la visita que el general francés Mangin realizó en 1926 a Sudamérica y a la que nos referimos más abajo. Militarismo que sin disimulos ya Maeztu había exhibido durante la visita del buque escuela «Elcano» en su paternalista carta a los comandantes de las naves de guerra argentinas. Un atributo, que el escritor parece pretendía recuperar como indispensable, en clara contradicción con los intentos «civilizadores» que el nuevo Directorio Civil estaba llevando a término en España en función de desprenderse de su faceta menos presentable.

Y junto a ello, de nuevo la fe. Con el fin de completar su formación intelectual, Maeztu solicita en el verano de 1928 a Fr. Adriano Suárez le envíe desde España las obras del también dominico González Arin-

---

<sup>58</sup> «La legitimidad es resultado de la historia y de las tradiciones que van más allá de los recursos de cualquier generación particular», NISBET, *op. cit.*, p. 42.

<sup>59</sup> AGA-AAEE-9200.

tero. Este fraile, de formación tomista e imaginadas experiencias místicas, planteaba un diálogo con lo que él denominaba modernismo y aseguraba que era posible alcanzar a demostrar la existencia de Dios asimismo partiendo desde un plano meramente intelectual. Aceptaba, además, la teoría de la evolución y del cambio social e incluía el devenir histórico como una parte del conocimiento teológico. Cuando Maeztu asimiló sus hipótesis debió quedar profundamente impresionado pues lo emparejó a pensadores como Balmes, Donoso y Menéndez Pelayo<sup>60</sup>, muy seguramente en razón de la adaptabilidad de su pensamiento a la cultura de la modernidad. La educación también era otro de los focos de atención del embajador. Así, solicita ayuda económica y propone al gobierno español como ejemplar la labor de la Cultural Isidoriana, regentada por Vizcarra. Ésta era una institución religiosa dedicada a la enseñanza, preocupada por formar «*españoles*» a través del conocimiento de su verdadera historia y que, además, lograba inculcar un «*elevado espíritu de patriotismo*»<sup>61</sup> entre los jóvenes alumnos españoles. También ya hemos referido cómo el devoto entusiasmo de Maeztu se desborda en fechas como la del Doce de Octubre, en arengas que mezclan santoral, toponimia y colonización. Cuando se firma el Pacto de Letrán en febrero de 1929 entre el Vaticano y el estado italiano, escribe al nuncio en Argentina, Cortessi, una enardecida nota diplomática, perorando en nombre de una quimérica cristiandad, anunciándole la «*sensación de alivio y de consuelo para las naciones cristianas*» que suponía la recuperación de la soberanía pontificia<sup>62</sup>. Sin embargo, esta exacerbación de la dimensión integrista de la religión puesta al servicio de una monarquía autoritaria cosechará reducidos éxitos. Más acierto mostrará Acción Nacional ligando religión, en un sentido populista, y orden social a su causa partidista y omitiendo la reivindicación de la causa monárquica, meridianamente desprestigiada.

Configurado de esta forma, el discurso maeztiano debía competir con aquéllos que provenían de intereses nacionales contrapuestos al español y de posiciones de clase alternativas a las expresadas por los defensores de la monarquía. Como ejemplo de los primeros, es ilustrativo el documento que el embajador español en París remite al gobierno en el verano de 1926. Francia era uno de los países que más sombra podía proyectar sobre la influencia española en Sudamérica y de ahí la preocupación que trasluce el escrito. Desde la época de Napoleón III, Fran-

<sup>60</sup> En AGA-AAEE-9211 y *Defensa de la Hispanidad*, p. 22.

<sup>61</sup> AGA-AAEE-9292.

<sup>62</sup> AGA-AAEE-9219.

cia había lanzado la idea de una América Latina basada en la unidad lingüística, cultural y racial del pueblo latino que contraponía a los intentos imperialistas de anglosajones y germanos, principalmente. En el citado informe se recoge la actividad diplomática desplegada por el Comité France-Amerique, a cuyo frente figura el ex-presidente Millebrand, y el éxito obtenido por la misión del general Mangin en su periplo latinoamericano. Mangin difundió una visión sobre su país en la que éste aparecía como la gran potencia vencedora en la guerra europea sobre el absolutismo de los imperios centrales y la defensora de la libertad de las pequeñas naciones. Junto a ello, entremezclaba una ambivalente Francia que se manifestaba bien como paladín del catolicismo bien como defensora de los derechos del hombre y patria de la revolución<sup>63</sup>. Más pragmática, si cabe, al partir de una posición de evidente preeminencia, era la propuesta estadounidense que Hoover evidenció en diciembre de 1929 durante su visita a Argentina. Para el mandatario electo, existían entre las dos naciones puntos de encuentro comunes. Éstos eran el impulso conjunto para la creación de riqueza, la anulación de la aristocracia como clase privilegiada y la necesidad de la cooperación de las naciones en el mundo<sup>64</sup>. Era un mensaje muy atractivo que, emitido por el coloso del norte, sin embargo levantaba suspicacias sobre su verosimilitud. Justamente, cupo al «nacionalismo restaurador» argentino traicionar sus propios presupuestos cuando Lugones, Ibaruren y Carlés tomaron parte en un golpe de estado, protagonizado por Uriburu que, en última instancia, fue auspiciado desde EE.UU. Lo que se buscaba con tamaña intromisión era desbaratar la política nacionalizadora del petróleo llevada a cabo por el presidente Yrigoyen. Una vez más, la demagogia nacionalista de la extrema derecha se sometía a los intereses de potencias más poderosas y el discurso que exaltaba un patriotismo meramente retórico encubría el provecho del que disfrutaba. De ahí que acudiera a la fuerza para sostenerse. Precisamente la intervención en Argentina del imperialismo norteamericano era lo que pretendían evitar corrientes como la del «nacionalismo industrialista» propugnado por Bunge y la Unión Latinoamericana. Si el primero buscaba el fortalecimiento económico del sudcontinente mediante la creación de un espacio mercantil sudamericano único y el establecimiento de la Unión Aduanera del Sur, la segunda ampliaba sus metas al pretender la construcción de una confederación de países que garantizara la autode-

---

<sup>63</sup> AGA-AAEE-9200.

<sup>64</sup> AGA-AAEE-9197.

fensa ante el imperialismo y panamericanismo y la nacionalización de las fuentes de riqueza.

Por su parte, en España también convergían diferentes interpretaciones de la cuestión americana. La celebración del IV Centenario del Descubrimiento propició que investigadores como Valera, Labra y Altamira desgranaran una serie de textos históricos que tuvieron bastante influencia pública y que se conocieron en aquel entonces como estudios americanos y «americanismo». Además, el viaje que Rafael Altamira realizó a América fue capital, sirviendo para consolidar definitivamente los estudios sudamericanos, y fruto de él alumbró su obra *La huella de España en América* (1924). En ella se analiza la relación entre ambos mundos desde un enfoque liberal, acorde con la militancia romanonista de este historiador. Sin embargo, la permanentización de la dictadura propició una bifurcación en el tratamiento de la cuestión hispanoamericana: junto a la visión liberal e igualitaria nació otra que glorificaba a la madre patria, pretextando antiguas hazañas en América. Como ilustración, seleccionaremos dos ejemplos que aspiraban a nivel social movilizar los sentimientos que se generaron en relación a la cuestión americana. El substrato progresista se manifiesta en la propuesta de la Comisión Pro 12 de Octubre [1929] y Unión Universal puesta en pie por españoles en la Argentina. Esta asociación se expresa a través de simbología masónica y concede a la lengua española, en cuanto vínculo de entendimiento entre los hombres, la facultad de alumbrar una nueva raza humana. La unidad de esta raza haría posible concluir las querellas entre las naciones, con lo que se impondría la Ley Suprema en la tierra y se accedería a un estadio de fraternidad universal. En contraposición a este deseo voluntarista que abre un horizonte de esperanza en el futuro, el Club Palósfilo Sevillano trabaja en la difusión y enaltecimiento de las gestas y lugares del Descubrimiento. Solamente reserva para el presente la institucionalización de una «*Confederación de naciones [hispanoamericanas] que sirva de contrapeso político-crematístico a la hegemonía de otras razas, antagónicas a la nuestra por principios filosóficos, idiomas, tradiciones, religión y carácter*»<sup>65</sup>. Ambas concepciones, la segunda muy cercana al hispanoamericanismo que difunde la Dictadura y al que propone Maeztu, adolecen de un mínimo anclaje en la objetividad por la que discurrían las relaciones exteriores de la monarquía española y, además, tropiezan con las necesidades y propuestas de las naciones sudamericanas en el

---

<sup>65</sup> Las dos asociaciones en AGA-AAEE-9214.

ámbito de la arena internacional. Sin embargo, la primera se instala en un porvenir de fraternidad mientras que la segunda mantiene una relación con el tiempo difícil de conciliar con lo que el paradigma de la modernidad ofrecía en función de concebir al futuro como marco de realización de las expectativas que se vivían en el presente. Consciente de esto último, los esfuerzos de la Dictadura se dirigieron a afirmar su adecuación a la modernidad mediante la expresión social de la vivencia de la simultaneidad del tiempo que exhibían acontecimientos como los *raids* aéreos transatlánticos y la unión de los dos continentes por medio del telégrafo, que ya se han referido. Con ello lograba, además, identificar el avance técnico, una de los principales fundamentos de la modernidad<sup>66</sup>, con la política de la Dictadura, que había logrado modificar mediante inversiones en obras públicas la atrasada infraestructura española. Por fin, las exposiciones de Barcelona y Sevilla y los numerosos actos y eventos de carácter cultural acentuaron la significación, a través de los monumentos erigidos y de la difusión ideológica de los contenidos, de un régimen que buscaba llegar a la opinión pública de manera directa, despreciando las organizaciones políticas afectas al parlamentarismo. Su vertiente autoritaria era expresión de la *dominación carismática*, según la tipología weberiana, con la que se arropaba el dictador, que justificaba de esa forma sus extraordinarias cualidades de líder<sup>67</sup>. Sin embargo, la pobre realidad de las relaciones exteriores, el estancamiento económico y el carácter retardatario de los últimos años de la Dictadura, funcionaron como condiciones de posibilidad de estructuras discursivas a las que les era muy costoso contender con las más vigorosas que predicaban el cambio político. A pesar de ello, Maeztu proseguirá en su labor de dotar a la extrema derecha de un cuerpo teórico que pudiera ser aceptado en la confrontación ideológica, capaz de hermanar el reconocimiento del progreso económico y las soluciones políticas autoritarias. Pero en la medida que las dificultades para alcanzar consenso se vayan acrecentando, Maeztu derivará hacia posiciones cada vez menos plausibles y durante la segunda República optará por pregonar soluciones de fuerza.

Olvidado el anterior sociologismo que indagaba las causas de la preeminencia de las naciones avanzadas, Maeztu ha ido adoptando durante su estancia en Argentina concepciones esencialistas sobre los

---

<sup>66</sup> SEBRELI, Juan José: *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*, Barcelona, Ariel, 1992, p. 90 y ss.

<sup>67</sup> ABELLÁN, Joaquín: «El pensamiento político de Max Weber», Fernando VALLESPÍN (ed.), *Historia de la teoría política*, Madrid, Alianza, 1992, T. IV, p. 448.

procesos de auge y decadencia de las naciones, fundamentadas en doctrinas historicistas y religiosas. Por otra parte, lo que antes contemplaba como crisis del humanismo es presentada ahora como contrarreforma en su acepción más integrista, que se convierte en misión eterna del pueblo elegido para lograr la defensa de la fe, la expansión universal de ese credo frente a los no creyentes y las doctrinas socialistas y la formación de una comunidad espiritual al modo de ciudad agustiniana en lo temporal. El medio para acceder a esa doctrina es el que procura el raciocinio a la manera que pregona el padre Arintero, para quien es posible la configuración de una teodicea que explica tanto la existencia de Dios como la relación de Providencia y progreso. Además, la cristiandad debe de contar con un brazo temporal que le defienda de los acosos del laicismo de estados que han renegado de su confesionalidad. El brazo ejecutor de tales propósitos es una patria que sirve a ese ideal misional. Será una patria cohesionada internamente frente a nacionalismos disgregadores y enfrentamientos de clases en la que el ejército se constituye en principio vertebrador de la nación y en la que la condición de patriota puede ser adquirida mediante una adecuada formación, al modo que lo hace la Cultural Isidoriana del padre Vizcarra. Lo anterior corresponde a un ideal que se sitúa en el pasado, en los tiempos heroicos de una añorada edad de oro no empañada por el pecado original que impone la impronta materialista del laicismo. Todo ello configura el mito de la hispanidad que se presenta como nacionalismo espiritual universalizante, disputando el campo ideológico al cosmopolitismo socialista y republicano y al hegemonismo imperialista de las naciones anglosajonas. Es decir, tanto al antiabsolutismo e igualitarismo revolucionario francés como al democratismo y mesocracia anglosajones.

### **El Caballero de la Hispanidad: un Maeztu conservador, autoritario y neotradicionalista**

La experiencia argentina supuso para Maeztu algo más que el descubrimiento de la virtualidad del mito de la hispanidad. La caída de la dictadura y la actuación de Alfonso XIII en y tras el cese de Primo de Rivera, la propia praxis diplomática, una religiosidad entendida desde el integrismo católico y el contacto con españoles afectados por la grave crisis consecuencia del «Viernes Negro» neoyorquino que acudían a la embajada solicitando ayuda económica para regresar al país aceraron los puntos más esquinados de su ideología antiprogresista. A pesar de ello, todavía latían dentro de Maeztu impulsos movidos por la



divisa positivista de orden y progreso. De este tenor es el informe sobre su inspección de los yacimientos petrolíferos de la Patagonia. El documento exalta la eficiencia técnica de la explotación y aplaude la idea de la creación de un Instituto del Petróleo a modo de escuela de formación de técnicos de esta industria extractiva<sup>68</sup>. También, cuando defiende el capitalismo pues procura «*la difusión de la riqueza, mediante el aumento de los salarios, hasta permitir el ahorro al obrero y convertirlo en capitalista*», según comentaba Maeztu a un fiel lector que objetaba que el citado sistema llevaba a la «*la polarización progresiva entre riqueza y miseria*»<sup>69</sup>. A pesar del conocimiento directo de las estrecheces económicas de sus compatriotas, Maeztu no dudaba en forzar su argumentación en defensa de un capitalismo, que en aquellos momentos expresaba de forma trágica sus carencias, con el único objetivo de devaluar las tesis socialistas que, precisamente, basaban su fortaleza en la denuncia de esa miseria por la que atravesaba el campesinado y proletariado español en los últimos momentos de la dictadura.

Junto a esta faceta aparecen otras que nos esculpen un Maeztu autoritario, antidemócrata y darwinista como el que reflejan las tesis funcionalistas expuestas en la conferencia «La lección del Quijote» antes citada. En ella, Maeztu ponía en boca del hidalgo, dirigiéndose a Sancho, un inferior, la siguiente reflexión: «*Repara, hermano Sancho, que nadie es más que otro si no hace más que otro*». Aserto, en contraposición a uno de los principales postulados de la modernidad, el de la igualdad, que resume una cosmovisión justificativa de una sociedad cuasiestamental en la que los hombres deben deferencia hacia la jerarquía existente sin que quepa ninguna posibilidad de motilidad social. El antidemocratismo de Maeztu supera, muchas veces, el autoritarismo al postular el régimen dictatorial como sistema natural de gobernación. Así lo expone en carta dirigida al alfonsino Julián Cortés Cavanillas, cuando tras excusarse por no haber atendido su petición de prologar su *Ante el quinto aniversario del Nuevo Régimen*, le trasmite su valoración sobre la labor de Primo de Rivera. El dictador, al suprimir las contiendas electorales, había conseguido el fortalecimiento del Estado pues la continuada convocatoria de elecciones, según Maeztu, llevaba a los políticos a disponer del Estado y la administración para sus fines personales. A este acierto, en un arrebato de entusiasmo por la figura del dictador, Maeztu une la «*clarividencia y generosidad del jefe del*

<sup>68</sup> AGA-AAEE-9214.

<sup>69</sup> AGA-AAEE-9210.

que había llevado a España a disfrutar de un dilatado período de orden y prosperidad<sup>70</sup>. En este caso, no exalta tanto las supuestas dotes providenciales de Primo sino la eficacia de su labor y los medios que se había procurado para llegar a los objetivos de paz nacional y fomento de la producción, objetivos conseguidos gracias a los efectos del golpe de estado en 1923. No le importaba tanto a Maeztu el consenso obtenido alrededor de la figura del dictador, sino el que hubiera sido capaz de imponer a la nación su política a través de la fuerza que se derivaba del apoyo del ejército. Tampoco el diplomático apelaba a la movilización de sectores sociales, clases neutras, medias, ex-combatientes, etc. para regenerar la vida política sino que se dirigía a la oligarquía de siempre definiendo los objetivos a cumplir. A pesar de que él mismo, los Pradera, Guadalhorce, Calvo Sotelo, etc. y el resto del personal político de la Dictadura, unos provenientes del maurismo, otros del tradicionalismo, no representaban a lo más genuino del bloque de poder de la baja Restauración, Maeztu no abogaba por un cambio de élites en los aparatos del estado. Eran las élites tradicionales, y sus intereses de siempre, a las que brindaba sus servicios políticos. Sabido es que, inmediatamente antes de su partida a la Argentina, Maeztu había participado en la comisión de la Asamblea Nacional que elaboró el anteproyecto de la nueva Constitución que sustituiría a la de 1876. A pesar de que en ella sólo se contemplaban elecciones para cámaras de carácter corporativo y con mera función consultiva Maeztu, junto con Pemán, se opuso a que su elección se realizara a través del sufragio universal masculino como proponían la mayoría de los primorriveristas, el presidente de la Asamblea, Yanguas Messía, entre ellos. Además su conservadurismo se aderezaba con los aspectos más cerrados del tradicionalismo: religión y patriotismo, como ya hemos tenido ocasión de comprobar. Con ello enlazamos con el proyecto político que Maeztu propondrá para las derechas en los comicios a Cortes de febrero de 1936. Ante la pretensión de Portela Valladares de oponer un partido de centro a la polarización electoral de derechas e izquierdas, Maeztu sostiene que el único camino para hacer frente a lo que denominaba amenaza de la revolución social era comprender que *«la divisa de las derechas fuera la contrarrevolución y no la antirrevolución. La contrarrevolución, como la contrarreforma, implica la enmienda de lo que esté mal hecho»*<sup>71</sup>, es decir, no existían salidas revisionistas sino que se debía desandar todo

---

<sup>70</sup> AGA-AAEE-9222.

<sup>71</sup> «La almohadilla», *El Pueblo Vasco*, 30.1.1936.

lo que la revolución francesa y el liberalismo habían traído, volviendo a la armonía previa a 1789. Consciente, sin embargo, de la dificultad que suponía la difusión de una política que meramente se hubiera limitado a ofrecer la reposición de un momento ya superado, Maeztu lo proyectaba hacia el futuro en un intento de competir con las ideologías del progreso. Así, glosando la filosofía de Heidegger, afirmaba que «*el ser de la existencia está en su pasado, que la hace ser hacia el futuro*», pronosticando para España que «*su pasado se convertirá en su porvenir*»<sup>72</sup>. De esta forma, el alavés se situaba ante el futuro con un proyecto de retorno del pasado.

Pero su visión apriorística de la realidad le había impedido detectar las dos principales causas de la caída de la monarquía. La primera hacía referencia al déficit de legitimidad social que se convertía en pura impotencia ante la reclamación de República y la segunda al progresivo incremento de la percepción social de la situación de carestía en la que vivían los asalariados españoles y que les llevaba demandar un cambio político que suponían, además, socioeconómico<sup>73</sup>. Sostenemos que la relación que el embajador había trabado con la ultraderecha argentina, agrupada bajo el marbete de «nacionalismo restaurador», que desencadenó el golpe militar de Uriburu y que se reconocía deudora de Maurras, Belloc, Berdiaeff y el mismo Maeztu<sup>74</sup> es, seguramente, consecuencia del declive del rigor de los análisis que hasta entonces Maeztu había realizado. Comienzan a atravesar sus escritos interpretaciones cada vez más irracionales y mitificadoras que le harán alejarse del núcleo del debate político central que se substanciaba en la España de aquellos momentos. En ese giro irracionalista le iban a acompañar quienes formarán más adelante el grupo fundador del Bloque Nacional, una plataforma electoral de extrema derecha dirigida por Calvo Sotelo que unía elementos que habían recusado la monarquía liberal que aún simbolizaba la figura de Alfonso XIII, y que veían en su hijo Juan un príncipe de nuevo cuño capaz de aglutinar las fracciones, tanto alfonsinas como carlistas, más resueltas en la construcción de un «estado integrador», cuya columna vertebral fuera el ejército. Todo ello muy lejos del *orden nuevo*, de la movilización de clases medias, y de la creación de una mística populista; más bien, tradicionalismo, ejército y religión.

<sup>72</sup> «Pasado y porvenir». *El Carbayón*, 8.10.1931.

<sup>73</sup> DÍAZ FREIRE, *Op. cit.*, p. 34.

<sup>74</sup> BUCHRUCKER, Cristián: «El proteico nacionalismo argentino», Antonio Roig (comp.), *La Argentina del 80 al 80. Balance social y cultural de un siglo*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 65.

Una amalgama de ideas amortizadas muy alejadas de lo que constituye el cuerpo ideológico del fascismo que se sustentaba básicamente en un «*proyecto no conformista, vanguardista y revolucionario*» como «*síntesis de nacionalismo orgánico y revisión antimaterialista del marxismo*» pero que «*desea preservar celosamente los logros del progreso y nunca preconiza la vuelta a una hipotética edad de oro*»<sup>75</sup>. Maeztu lo comprendió enseguida: en España no existía la posibilidad de movilizar al pueblo contra la República; frente a ella únicamente cabía la apelación a la fuerza mediante el uso de los aparatos coercitivos de siempre, «*porque el ejército es la civilización*»<sup>76</sup>. Así, el funcionalismo conservador maeztiano de Londres, tras la inmersión hispanoamericanista en Argentina, deviene neotradicionalismo redivivo que gira alrededor del mito de la hispanidad.

---

<sup>75</sup> STERNHELL, Z.; SZNAJDER, M.; ASHERI, M.: *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1994, p. 4 y 7.

<sup>76</sup> «El ejército nos ha salvado», *ABC*, 26.10.1934.